

de cuantos la conocían. Ya dije que había nacido con talento especial para la poesía. Ha llegado a ser una santa, después de haber sido una de las mujeres más agradables de su siglo: el abate Carrión ha escrito su vida (1). Estos pastores, que van constantemente tras de las almas, sienten hacia ellas el amor que un padre de la Iglesia atribuye al Creador. «Cuando un alma llega al cielo, dice este padre, con la sencillez de corazón de un cristiano de los primitivos tiempos y con la candidez de un genio griego, Dios la coloca sobre sus rodillas y la llama su hija.»

Julia se entregó inocente en los brazos del arrepentimiento; consagrando los tesoros de su austeridad, a la redención de sus hermanos, y, a imitación de la ilustre africana, su patrona, se hizo mártir.

El abate Carrión, autor de la *Vida de los Justos*, es aquel eclesiástico compatriota mío, el Francisco de Paula del destierro, cuya fama, revelada por los afligidos, sonó al través de la de Bonaparte. El estruendo de una revolución no fué suficiente para ahogar la voz de un pobre vicario proscrito; parecía que había venido de lejanas tierras para escribir las virtudes de mi hermana.

Cuando el nuevo biógrafo describe las religiosas crueldades de Julia, cree uno estar oyendo a Bossuet en el sermón sobre la profesión de fe de la señorita de la Vallière.

«Se atreverá a tocar ese cuerpo tan tierno, tan querido, tan cuidado? ¿No se apiadará de esa complexión tan delicada? Al contrario: a él es principalmente a quien se adhiere el alma como a su más peligroso seductor: ella se marca los límites; estrechada por todas partes, sólo puede respirar del lado del cielo.»

No puedo menos que sentir cierta confusión al volver a hallar mi nombre en las últimas líneas trazadas por la mano del venerable historiador de Julia. ¿Qué voy a hacer yo con mis debilidades al lado de tan elevadas perfecciones? ¿Acaso he cumplido todo lo que me hizo prometer la carta de mi hermana cuando la recibí hallándome emigrado en Londres? ¿Basta un libro ante la presencia de Dios? Además, ¿mi vida está conforme con *El Genio del Cristianismo*? ¿Qué importa que haya trazado yo las imágenes más o menos brillantes de la religión, si mis pasiones echan una sombra sobre mi fe!

(1) He puesto la vida de mi hermana Julia como suplemento a estas *Memorias*.

No he llegado hasta el fin; yo no he cenado el cilicio; esa túnica de mi viático hubiera embebido y secado mis sudores. Viajero fatigado, me he sentado al lado del camino, y descansado o no, preciso será que me levante y que llegue al término donde ha llegado mi hermana.

Cuando volví a encontrar a Julia en París, se hallaba en medio de las pompas mundanas: se mostraba cubierta de aquellas flores, ataviada con aquellos collares, y velada con aquellos tejidos que San Clemente prohibió a las primeras cristianas. San Basilio quiere que la medianoche sea para el solitario lo que es la mañana para los otros, con el fin de aprovechar el silencio de la naturaleza. La medianoche era precisamente la hora en que mi hermana iba a las fiestas, cuya principal seducción consistía en sus versos, acentuados por ella con una maravillosa eufonía.

Julia era infinitamente más hermosa que Lucila; sus ojos eran azules y muy cariñosos; su cabellera era negra y ondeada. Sus manos y brazos, modelos de blancura y de buenas formas, añadían, con sus graciosos movimientos, un no sé qué de encantador a su esbelto talle. Era alegre y animada; reía mucho, pero sin afectación, y enseñaba, cuando se reía, unos dientes de perlas.

Julia me recibió con esa ternura que es peculiar únicamente de una hermana. Al verme estrechado entre sus brazos me sentí bajo una poderosa protección; nada hay que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvídanle a uno sus hermanos y sus amigos, y lo desconocen sus camaradas; pero no sucede así con su madre, su hermana o su mujer. Cuando fué muerto Harold en la batalla d'Hastings, nadie podía encontrarlo entre los montones de cadáveres: fué necesario, para conseguirlo, recurrir a una joven a quien amaba. Llegó ésta, y el infortunado príncipe fué hallado por Edith en el cuello del cisne: *Editha swaneshales, quod sonat collum cygny*.

Regresamos a la fonda; mi hermano dió orden para que me sirvieran la comida, y se marchó al instante; comí solo y me acosté triste. Pasé mi primera noche en París echando de menos mis matronales, y temblando ante la obscuridad de mi porvenir.

A las ocho de la mañana del día siguiente llegó mi robusto primo, el cual había hecho ya su quinta o sexta expe-

dición: «Arriba, caballero, vamos a almorzar; iremos a comer después con Pommereul, y a la noche le llevaré a casa de la señora de Chatenay.» Parecióme que esto era una fatalidad, y me resigné. Asistimos puntualmente a la cita de la comida en casa del hostelero, y todo cuanto nos sirvieron me pareció detestable. La conversación y los convidados me mostraron otro mundo. No se habló de otra cosa que de la corte, de las sesiones de la academia, de las mujeres y de las intrigas del día, de la última comedia, de los triunfos de los autores, de los actores y de las actrices.

La mayoría de los convidados eran bretones; entre otros, el caballero de Gaer y Pommereul, excelente hablador, que escribió algunas campañas de Bonaparte, y a quien estaba yo destinado a volver a hallar a la cabeza de los librerros.

En tiempo del Imperio gozó Pommereul de cierto renombre, por su odio a la nobleza. Cuando un hidalgo se hacía gentil-hombre de cámara, exclamaba: «¡Otro nuevo servicio sobre la cabeza de estos nobles!» Sin embargo, Pommereul tenía pretensiones, y con justa razón, de ser hidalgo. Firmaba *Pommereul*, titulándose descendiente de la familia de los Pommereul, de las cartas de la señora de Seigné.

Después de comer, quiso mi hermano llevarme al teatro; pero mi primo me reclamó para la señora de Chatenay, y me fué con él a mi destino.

La señora de Chatenay era una mujer hermosa, que había pasado su primera juventud, pero que podía inspirar, sin embargo, todavía alguna afición. Me recibió cordialmente y trató de hacerme perder mi encogimiento natural preguntándome sobre mi provincia y mi regimiento. A pesar de esto, estuve cortado y confuso, y hacía señas a mi primo para que abreviase la visita; pero él continuaba haciendo ponderaciones, sin mirarme, acerca de mis méritos; afirmaba que yo había hecho versos en el vientre de mi madre, y me invitaba a que dedicase algunos a la señora de Chatenay. Afortunadamente, me sacó ésta de tan penosa situación, pidiéndome mil perdones porque tenía que salir, pero invitándome a que volviese a verla a la mañana siguiente, con un sonido de voz tan dulce, que involuntariamente prometí obedecerla.

En cumplimiento de mi promesa, fui solo a verla al otro día, encontrándola

acostada en una habitación elegantemente amueblada. Me dijo que estaba un poco indispueta, y que tenía la mala costumbre de levantarse tarde. Aquella era la primera vez de mi vida que me hallaba al borde de la cama de una mujer que no era ni mi hermana ni mi madre. Conseguí vencer mi timidez de la víspera hasta tal punto, que me atreví a explicarme con una especie de abandono. No recuerdo lo que la dije; pero aun se me figura que estoy viendo su aire de sorpresa. Tendíome un brazo medio desnudo y la mano más hermosa del mundo, y me dijo con semblante risueño: «Ya le iremos domesticando.» Yo no besé aquella hermosa mano, y me retiré lleno de turbación. A la mañana siguiente partí para Cambrey. ¿Quién era aquella señora? Lo ignoro; únicamente sé que se cruzó en mi vida como una sombra encantadora.

Berlín, marzo de 1831.

CAMBREY. — EL REGIMIENTO DE NAVARRA. — LA MARTINIÈRE. — MUERTE DE MI PADRE. — LÁGRIMAS. — ¿HUBIERA LLEGADO YO A OBTENER EL APRECIO DE MI PADRE? — REGRESO A BRETAÑA. — MI ESTANCIA EN CASA DE MI HERMANA MAYOR. — MI HERMANO ME LLAMA A PARÍS.

Uno de mis cuñados, el vizconde de Chateaubourg (casado con mi hermana Benigna después que ésta enviudó del conde de Québriac), me había proporcionado cartas de recomendación para los oficiales de mi regimiento. Era coronel el marqués de Montemart, y mayor el conde de Andrezel, al cual fui recomendado muy particularmente. Más tarde he vuelto a encontrar a los dos. Uno de ellos llegó a ser colega mío en la cámara de los Pares, y el otro se acercó a mí en solicitud de algunos servicios que tuve la dicha de prestarle. Se experimenta un triste placer al encontrar las personas que ha conocido uno en diversas épocas de la vida, y al considerar el cambio verificado en su existencia y en la nuestra.

Llegué al regimiento en traje de paisano, y veinticuatro horas después vestía el traje militar, como si no hubiera usado otro en mi vida. Mi uniforme era azul y blanco, como el hábito que llevé en otro tiempo: en distintas épocas de mi niñez y de mi infancia he usado los mismos colores. Los subtenientes del regimiento no me hicieron sufrir ninguna

de las pruebas que acostumbraban usar con los novatos: ignoro por qué no se atrevieron a gastarme estas bromas militares. Apenas hacía dos semanas que me hallaba en el cuerpo, todos me trataban como a un oficial antiguo. Mi cuarto llegó a ser el punto de reunión de los viejos capitanes y de los jóvenes subtenientes; los primeros me relataban sus campañas, y los otros me confiaban sus amores.

La Martinière, uno de los oficiales más distinguidos por su talento, me venía a buscar para que fuéramos a pasear a la calle de una linda cambresiana, de la que estaba muy enamorado; estos paseos solíamos repetirlos cinco o seis veces al día. El pobre La Martinière, que era muy feo y que tenía la cara picada de viruelas, me refería su pasión mientras saboreaba grandes vasos de agua de grosella, que pagaba yo algunas veces.

Todo hubiera marchado satisfactoriamente para mí sin mi loca afición a la moda; afectábase entonces el rigorismo del traje prusiano; sombrero angosto, bucles pequeños y aplastados unos sobre otros, coleta recta y apretada, y casaca abotonada hasta el cuello. Este uniforme me desagradaba extraordinariamente; sometíame a él por la mañana porque no tenía otro remedio; pero, por la noche, cuando comprendía que los jefes no podían verme, me encasquetaba un sombrero más ancho; llamaba a un barbero para que bajase los bucles de mis cabellos y me desatase la coleta; me desabotonaba la casaca, volviendo las solapas del revés, y en este delicioso negligé iba a pasearme con La Martinière bajo los balcones de su cruel flamenca. Un día me encontré de manos a boca con el señor de Andrezel. «¿Qué es eso, caballero?—exclamó el terrible mayor—: vaya arrestado a la prevención por tres días.» Confieso que este castigo me humilló algo; pero no pude menos de reconocer al mismo tiempo la verdad del proverbio: *No hay mal que por bien no venga*, puesto que me libertó de los amores de mi camarada.

El comienzo de mi carrera es uno de mis más agradables recuerdos. Al pasar por Cambrey con el rey, después de los Cien días, busqué la casa donde me alojé, y el café que solía frecuentar, y no pude hallar ni una ni otro; todo había desaparecido, hombres y monumentos.

El mismo año en que empecé a prestar en Cambrey mis primeros servicios, llegó

la noticia de la muerte de Federico II. En la actualidad soy embajador cerca del sobrino de aquel gran rey, y escribo en Berlín esta parte de mis *Memorias*. Esta noticia, importante para el público, fué seguida de otra en extremo dolorosa para mí: Lucila me anunció que mi padre había fallecido de un ataque apoplético, dos días después de la fiesta de la Angevina, fiesta que constituía uno de los goces de mi infancia.

Entre los documentos auténticos que me sirven de guía, hallo las partidas de defunción de mis padres. Estas actas comprueban también, de una manera particular, la muerte del siglo. Las reproduzco aquí como una página histórica.

«Extracto del libro de defunciones de la parroquia de Combours del año 1786, en el cual se halla escrito lo que sigue, al folio 8 vuelto:

«El cuerpo del alto y poderoso señor, Renato de Chateaubriand, caballero, conde de Combours, señor de Gaugres, del Plessis-l'Épine, de Boulet, de Malestroit en Dol, y de otros dominios, esposo de la alta y poderosa señora Apolina Juana Susana de Bedée, de la Bouëtardais, señora condesa de Combours, de sesenta y nueve años de edad aproximadamente, muerto en su castillo de Combours el 6 de septiembre, a las ocho de la noche, fué inhumado el 8 en el subterráneo del dicho señorío y depositado en la bóveda de nuestra iglesia de Combours en presencia de los hidalgos, de los señores oficiales de la jurisdicción, y de otros vecinos notables que firman a continuación.—El conde del Petitbois, de Monlouët, de Chateaudassy, Delaunay, Morault, Noury de Mauny, abogado; Hermer, procurador; Petit, abogado y procurador fiscal; Robiou, Portal, Le Douarin, de Trevelec, rector decano de Dingé; Sévin, rector.»

El señor Lodin, *maire* de Combours, extendió una copia, en 1812, suprimiendo los títulos de *alto y poderoso señor*.

«Extracto del libro de defunciones de la ciudad de Saint-Servant, departamento de l'Ille-et-Vilaine del año y de la república, folio 35, en el cual se halla escrito lo que sigue:

«El doce de pradiel, año VI de la república francesa, ante mí, Santiago Bourdasse, oficial municipal de la jurisdicción de Saint-Servant, electo oficial público el 4 floreal último, comparecieron Juan Baslé, jardinero, y José Boulin, jornalero, quienes declararon que Apolina Juana

Susana de Bedée, viuda de Renato Augusto de Chateaubriand, falleció en casa de la ciudadana Gouyon, situada en La Ballue, dicho día a la una de la tarde. Después de cerciorarme de la verdad de esta declaración, extendí la presente acta, que firma solo conmigo Juan Baslé, por haber declarado José Boulin que no sabía escribir.

«Dado en la casa consistorial dicho día y año. Firmado, Juan Baslé y Bourdasse.»

Se ve en el primer extracto que aun subsistía la antigua sociedad: El señor de Chateaubriand es un *alto y poderoso señor*, etc., etc.; los testigos son los *hidalgos y los vecinos notables*: entre los firmantes está aquel marqués de Monlouët, que hacía noche en el invierno en el castillo de Combours, y el cura Sevin, a quien costó tanto trabajo creer que yo era autor de *El Genio del Cristianismo*, amigos fieles de mi padre, que le acompañaron hasta su última morada...

En el extracto mortuorio de mi madre la tierra rodaba ya sobre otros polos: nuevo mundo, nueva era, el cómputo de los años y hasta los nombres de los meses habían sido alterados. La señora de Chateaubriand no es más que una pobre mujer que murió en el domicilio de la ciudadana Gouyon: un jardinero y un jornalero que no sabe firmar atestiguan su muerte; ni un pariente, ni un amigo siquiera; ninguna pompa fúnebre: la revolución (1) fué su único acompañamiento.

Yo lloré al señor de Chateaubriand. La muerte de mi padre me demostró más evidentemente lo que valía, y se borraron de mi memoria sus rigores y debilidades. Creía estarle viendo todavía paseándose por la noche en la sala del castillo, y no podía menos de enternecerme al recordar aquellas escenas de familia. Si el afecto de mi padre hacia mí se resentía por la severidad de su carácter, en el fondo no era por eso menos vivo. El feroz mariscal de Montluc, postrado por sus dolorosas heridas y reducido a ocultar bajo un pedazo de lienzo el horror de su gloria; este hombre, que lo llevaba todo a sangre y fuego, se echaba en cara su dureza hacia un hijo que acababa de perder.

«Ese pobre muchacho—decía—, no ha visto en mí más que frialdad y despre-

(1) Federico de Chateaubriand, hijo de mi primo Armando, siguiendo la costumbre de Bretaña, compró después La Ballue, donde murió mi madre.

cio; ha bajado al sepulcro en la creencia de que yo no he sabido amarle y apreciarle según merecía. ¿Qué esperaba yo para manifestarle este afecto singular que le profesaba en el fondo de mi alma? He hecho grandes e incómodos esfuerzos por conservar esta vana máscara que me ha privado del encanto de su conversación y de su afecto, que mi tratamiento tiránico forzosamente ha debido entibiar.»

El afecto que yo profesaba a mi padre no tenía nada de tibio, y tengo la seguridad de que, a pesar de su *tratamiento tiránico*, me amaba con ternura, y de que me hubiera llorado si la Providencia me hubiese llamado a sí. Mas, ¿se hubiera mostrado sensible a mi fama si hubiéramos permanecido los dos sobre la tierra? Un renombre literario hubiera herido quizás su orgullo aristocrático; tal vez hubiera creído que su hijo había degenerado por su inclinación a las letras. La misma embajada de Berlín, conquistada por la pluma y no por la espada, no le hubiera satisfecho. En diplomacia era anti-musulmán, y afirmaba que cuarenta mil *picaros rusos*, pasarían sobre el vientre de los genízaros y tomarían a Constantinopla. Pero, aunque turcófago, conservaba en su corazón un profundo rencor a los *picaros rusos*, originado de los encuentros que tuvo con ellos en Dantzga.

En cierto modo participo también de la opinión del señor de Chateaubriand sobre las reputaciones literarias o de otro género, aun cuando mis razones son bastante diferentes a las suyas. No conozco en la historia un renombre que excite mi envidia; aunque no tuviera que hacer más que bajarme al suelo para recoger en provecho mío la gloria más ilustre del mundo, no me tomaría ese trabajo. Si hubiera dependido de mí, hubiera nacido mujer, por la pasión que me inspira este sexo; o, en el caso de que me hubiera decidido por ser hombre, me hubiera colmado de belleza; además, y para precaerme contra el fastidio, mi enemigo encarnizado, hubiera sido para mí asaz conveniente ser un artista superior, pero desconocido, y no hacer uso de mi talento sino en beneficio de mi soledad. En la vida, pesada en su balanza más ligera, regulada por su medida más corta, sólo hay dos cosas verdaderas: la religión con la inteligencia; el amor con la juventud; es decir, lo porvenir y lo presente: lo demás no vale la pena.

Con la muerte de mi padre terminaba el primer acto del drama de mi vida. Esta

desgracia me dejaba dueño de mí mismo y en el pleno goce de mi fortuna. Pero, ¿qué iba yo a hacer de esta libertad? ¿A quién había de entregársela? Desconfiaba de mis propias fuerzas, y retrocedía ante mí mismo.

Algún tiempo después de haber sido destinado al regimiento, me concedieron una licencia. El señor de Andrezel, nombrado gobernador de Picardía, debía abandonar también a Cambrai; yo le serví de correo. Pasé por París, sin detenerme, y volví a ver los arenales de mi Bretaña. Reunióse mi familia en Combourg, se arreglaron las particiones, y, concluido esto, nos dispersamos todos como los pájaros que echan a volar del nido paterno. Mi hermano regresó a París; mi madre se fijó en Saint-Malo, Lucila siguió a Julia, y yo fui a pasar parte del tiempo que me concedía mi licencia con las señoras de Marigny, de Chateaubourg y de Tarcy al castillo de Marigny. Ya hacía algunos meses que disfrutaba en él de la mayor tranquilidad, cuando una carta de París vino a turbar mi reposo.

Cuando mi hermano se disponía a entrar en el servicio y a casarse con la señorita de Rosambo, no había dejado aún la toga, por cuya razón no podía todavía gastar carruaje. Su impetuosa ambición le sugirió la idea de hacerle gozar de los honores de la corte, con el objeto de facilitar el camino de su elevación. Lucila había tenido que hacer las pruebas de nobleza para ser recibida en el capítulo de la Argentière, y todo estaba ya preparado: el mariscal de Duras debía ser su padrino. Me decía mi hermano en su carta que iba a entrar en el camino de la fortuna; que, por de pronto, obtenía el rango de capitán de caballería, rango honorífico y de distinción, que había de facilitar mi entrada en la orden de Malta. Esta carta me hirió, como si hubiera sido un rayo. ¡Volver a París, ser presentado a la corte, yo, que al hallarme en presencia de dos o tres personas desconocidas casi me ponía enfermo! ¡Hacerme comprender la ambición, a mí, cuyos dorados sueños no eran otros que el vivir olvidado!

Contesté a mi hermano que, puesto que él era el primogénito, a él era a quien correspondía sostener su nombre; que yo, obscuro segundón de la Bretaña, no me retiraría del servicio, pues existían probabilidades de una guerra; pero que si el rey tenía necesidad de un soldado en su

ejército, no la tenía en su corte de un pobre hidalgo.

Me apresuré a leer esta contestación a la señora de Marigny, que puso el grito en el cielo al escucharla; llegó después la señora de Tarcy, la cual se burló de mí completamente, y Lucila, que se hubiera puesto de mi parte de muy buen grado, no se atrevía a combatir la opinión de sus hermanas. Arrancáronme la carta de mis manos, y, como soy muy débil siempre que se trata de mí, escribí a mi hermano que estaba dispuesto a ponerme en camino.

Partí en efecto, y aun cuando iba a ser presentado a la primera corte de Europa y a verificar mi entrada en la vida de la manera más brillante, mi aspecto era el de un hombre a quien se conduce a las galeras, o sobre el cual se va a pronunciar una sentencia de muerte.

Berlín, marzo de 1821.

MI VIDA SOLITARIA EN PARÍS. — PRESENTACIÓN EN VERSALLES. — CACERÍA CON EL REY.

Marché a París por el camino que había seguido la vez primera, y fui a parar a la misma fonda, calle del Mail: era la única que conocía. Me alojaron en un cuarto, cuya puerta daba al frente de mi antigua habitación, pero que era mucho más grande y tenía vistas a la calle.

Ya fuese por lo embarazoso de mis modales, o ya por compasión a mi timidez, mi hermano no me presentó a sociedad alguna, ni me obligó a contraer relaciones con nadie. Iba a comer con él todos los días a las tres, y en seguida nos separábamos, no volviendo a vernos hasta el día siguiente. Mi robusto primo Moreau no se hallaba en París. Dos o tres veces pasé por la puerta de la casa de la señora de Chatenay, sin atreverme a preguntar al portero lo que había sido de ella.

Estábamos a principios de otoño. Levantábame a las seis de la mañana: me iba al picadero, y regresaba después a almorzar. Tenía entonces furor por el griego, y traducía la *Odisea* y la *Cyropedia*, alternando estos trabajos con estudios históricos hasta las dos, a cuya hora me vestía para ir a casa de mi hermano.

A las cuatro de la tarde regresaba a mi habitación, y me sentaba detrás de la ventana. Dos jóvenes, de quince a diez y seis años, se ponían a dibujar a esta mis-

ma hora en el balcón de la casa de enfrente. De vez en cuando alzaban la cabeza para mirar a su vecino, y yo les agradecía en el alma esta muestra de atención. Aquellas dos muchachas constituían mi única sociedad en París.

Al anoecer me iba a cualquier teatro: el aislamiento entre el bullicio del mundo era muy de mi agrado. Rectifiqué las ideas que me había formado acerca del teatro en Saint-Malo; vi a la señora de Saint-Huberti en el papel de Armida, y comprendí que faltaba alguna cosa a la maga de mi creación. Cuando no me encerraba en el teatro de la Opera o en el Francés, andaba paseando hasta las diez o las once de la noche por las calles o a lo largo de los muelles. En la actualidad todavía no puedo ver la hilera que forman los reverberos desde la plaza de Luis XV hasta la barrera de los Bons-Hommes sin recordar la angustia que sufrí en este sitio cuando fui a Versalles para mi presentación.

Por la noche, cuando me retiraba a casa, pasaba una parte de la velada con los ojos fijos en el fuego que ardía en mi chimenea. Confundía el ruido de los carruajes que iban y venían en diferentes direcciones con el murmullo de la mar de mi Bretaña o el del viento en mis bosques de Combourg. El rumor de la ciudad despertaba mis penas: unas veces evocaba mi dolencia antigua, y otras mi imaginación inventaba la historia de los personajes que iban dentro de los coches, haciéndome ver salones brillantes, bailes, amores y conquistas. Pero a poco volvía en mí, me hallaba desamparado y solo en una hostería, viendo el mundo por la ventana, y oyéndole al través del chisporroteo del fuego de mi chimenea.

Debió creer Rousseau que su sinceridad y la enseñanza humana exigían que confesase los deleites ilícitos de su vida: y hasta supuso que se le pedía cuenta de sus pecados con las *donne pericolanti*, de Venecia. Si yo me hubiese prostituido a las cortesanas de París, no creería por eso que la posteridad necesitaba saberlo; pero era demasiado tímido por una parte y demasiado fantástico por otra, para que me sedujesen mozelas de la vida airada. Estos placeres azarosos sólo me hubieran convenido en otra época.

En los siglos xiv al xvii, la imperfección de la civilización, la superstición en las creencias y la barbarie de las costumbres, prestaban a todo un aspecto novelesco: eran enérgicos los caracteres; vi-

gorosas las imaginaciones; la existencia misteriosa y callada. Arriesgábase entonces la cabeza yendo de noche en busca de una Eloísa, ya junto a las paredes de un cementerio o de un convento, ya al pie de las murallas de una ciudad junto a los fosos y cadenas de la plazuela, por barrios cerrados o por calles estrechas y tenebrosas, madrigueras de ladrones o asesinos, y teatro de continuos combates a la trémula luz de un farol o en medio de una obscuridad completa. Para llevar esta vida desordenada era preciso sentir un verdadero amor. No solamente había que arrostrar peligros fortuitos y exponerse al golpe de la justicia, faltaba, además, vencer en la propia persona el imperio de los hábitos comunes, la autoridad de la familia, la oposición de la conciencia, los terrores y los deberes del cristiano. Todas estas dificultades aumentaban la energía de las pasiones.

En 1788 no hubiera yo seguido a una miserable que por ganar el pan me ofreciera un lugar en su tugurio; pero es fácil que en 1606 me hubiese atrevido a dar remate a una aventura semejante a las que refiere Bassompierre con tan encantador estilo.

«Hacía cinco o seis meses — dice el buen mariscal—, que al pasar por el puentecillo (porque todavía no estaba construido el puente nuevo) veía que una linda modista, establecida en la tienda de *Los Dos Angeles*, me hacía grandes cortesías y me seguía con los ojos hasta que no podía más. Desde que lo noté, la miraba yo también y la saludaba más atentamente.

»Sucedió que una vez que pasé por el puentecillo, volviendo de Fontainebleau a París, tan pronto como me vió llegar, salió a la puerta de la tienda, y me dijo: «Servidora vuestra, caballero.» La devolví su saludo, y mirándola de vez en cuando, observé que me seguía con la vista hasta que desaparecí.»

Después obtiene Bassompierre una cita. «Encontré — dice — una hermosa mujer de veinte años, con un gorrito de dormir en la cabeza y una finísima camisa, un refajo de bayeta verde, chapines y peinador. Me gustó bastante. Le pregunté si podría volver a verla. «Si queréis que nos veamos otra vez, me contestó, tendréis que ir a casa de una tía mía, que vive en la calle Bourg-l'Abbé, cerca del mercado, y en la esquina de la calle de los Osos, la tercera puerta entrando por la de San Martín; os esperaré desde las diez hasta

las doce de la noche, o más tarde si es necesario, y dejaré la puerta entornada. Después de entrar hay un callejón; más allá encontraréis una escalera que os conducirá a este segundo piso.» Fui a las diez, y encontré la puerta designada; había mucha luz, no sólo en el piso segundo, sino en el tercero y en el principal; pero la puerta estaba cerrada. Di un golpe para avisar que estaba allí; me contestó una voz de hombre preguntándome quién era, y entonces me escondí en la calle de los Osos. Al poco rato volví; encontré abierta la puerta, subí hasta el piso segundo, y vi que aquella luz era la paja de un jergón que estaba ardiendo, y que encima de la mesa del aposento había dos cadáveres completamente desnudos. Entonces me retiré, no poco asombrado; al bajar tropecé con algunos *cuervos* (enterradores), que me preguntaron qué se me ofrecía; pero yo eché mano a la espada y me abrí paso, volviendo a casa bastante conmovido por aquel inesperado espectáculo.»

También yo fui a inspeccionar aquel sitio con las señas escritas por Bassompierre hace doscientos cuarenta años. Cruzé el puentecillo, atravesé el mercado, y seguí por la calle de San Dionisio hasta la de los Osos, que se halla a mano derecha. Su inscripción, ennegrecida como por el tiempo o un incendio, me hizo concebir buenas esperanzas. Encontré la tercera puertecilla desde la calle de San Martín: mas, al llegar allí, vi, desgraciadamente, que habían desaparecido los dos siglos y medio que al principio creí encontrar. La casa es de reciente construcción; y ni del cuarto principal, ni del segundo, ni del tercero salía resplandor ninguno. En las ventanas del último piso había una guirnalda de capuchinas y gulsantes de olor; en el piso bajo una tienda de peluquero mostraba gran número de matas de pelo colgadas detrás de los vidrios.

Chasqueado de esta manera, entré en aquel museo de las modernas Eponinas. Me dirigí a un individuo que estaba tejiendo una peluca con un peine de hierro, y le pregunté: «Caballero, ¿podré saber si ha comprado usted el pelo de una modista joven que vivía junto al puentecillo, en la tienda de *Los Dos Angeles*?» El buen hombre se quedó embozado sin decir sí ni no, y yo me retiré, pidiéndole mil perdones, por entre un laberinto de tupés de todas clases.

Fui buscando de puerta en puerta; no

parecía ninguna modista de veinte años que me hiciese *grandes cortesías*, ni había tal mujer franca, desinteresada y amable, *con gorro de dormir, finísima camisa, refajo de bayeta verde, chapines y peinador*. Una vieja regañona, que pronto iría a buscar sus perdidos dientes al seno de la tierra, me amenazó con su muleta; quizás sería la tía del cuento.

¡Qué aventura tan bella es la de Bassompierre! No debemos olvidar una de las razones que le pusieron en aptitud de inspirar una pasión tan decidida. Por aquella época los franceses se dividían aún en dos clases muy marcadas; una dominante, otra casi reducida a la condición de sierva. La modista estrechaba entre sus brazos a Bassompierre como a un semidiós que se digna bajar al seno de una esclava; él la alucinaba con su gloria, ilusión que no fascina a ninguna mujer del mundo, exceptuando a las francesas.

Pero, ¿quién podrá revelarnos las misteriosas causas de aquella catástrofe? ¿Era, quizás, el cuerpo de la linda niña de *Los Dos Angeles* el que yacía sobre la mesa al lado de otro cadáver? ¿De quién era éste? ¿Pertenecía al marido, al hombre cuya voz oyó Bassompierre? ¿Había llegado la peste (porque a la sazón había peste en París), o tal vez los celos, a la calle de Bourg-l'Abbé antes que el amor? Ancho campo ofrece a la imaginación semejante asunto.

Algunos se admirarán de mi castidad y mi buena conducta en París, en esa gran capital, donde me hallaba enteramente libre para satisfacer mis caprichos. Sin embargo, no abusé de mi independencia; las únicas relaciones que tenía eran con la susodicha cortesana de doscientos diez y seis años de edad, antigua amante de un mariscal de Francia, que había sido rival del monarca bearnés con la señorita de Montmorency, y adorador de la señorita de Entragues, hermana de la marquesa de Verneuil, que tan mal habló de Enrique V.

Por fin llegó el día fatal en que tuve que marchar a Versalles, más muerto que vivo. Salí para aquel sitio con mi hermano la víspera de mi presentación, y fui a parar a casa del mariscal de Duras, persona sumamente distinguida, pero, tan vulgar en su lenguaje, que todo él se resentía de cierto aire plebeyo, a pesar de sus finos modales. El buen mariscal me causó en medio de esto un miedo horrible.

A la mañana siguiente me dirigí a palacio. Puede decirse que no ha visto nada el que no ha sido testigo de la pompa de Versalles.

Hasta que pasé la sala de guardias no hubo novedad notable; siempre me ha gustado el aparato militar, y nunca le he tenido miedo. Mis apuros comenzaron cuando entré en el *ojo de buey* y me vi rodeado de cortesanos que clavaban en mí la vista, preguntándose mi nombre unos a otros. Para comprender la importancia que entonces tenía una presentación, hay que recordar el prestigio que acompañaba a la dignidad monárquica. Todo *debutante* llevaba consigo un misterioso destino, y cesaba de estar sujeto a ese trato, entre despreciativo y protector, que con la exquisita finura de modales constituía el inimitable tono de la gente de alta categoría de la época. ¿Quién podía adivinar si aquel *debutante* llegaría a ser quizás el favorito del amo? Respetábase, pues, en él la domesticidad futura con que acaso se vería honrado; acualmente acudimos a palacio con más precipitación aún, y lo particular es que lo hacemos sin ilusión: un cortesano, reducido a nutrirse con verdades, está muy cerca de morir de hambre.

Cuando anunciaron que el rey se había levantado, retiráronse todos los circunstantes, que aun no habían sido presentados; esto me infundió cierto impulso de vanidad, pues, aunque no tenía orgullo por quedarme, me hubiera costado alguna vergüenza el salir de allí en aquel momento. Se abrió la cámara del rey, y vi a S. M. acabando de vestirse, o, lo que es lo mismo, tomando su sombrero de manos del primer gentilhomme de servicio. En seguida salió para ir a misa; yo hice una cortesía, y el mariscal de Duras dijo: «Señor, el caballero de Chateaubriand.» El monarca me contempló, me devolvió mi saludo, y se quedó parado como si titubeara en dirigirme la palabra. Toda mi timidez se había desvanecido, y, sin darme cuenta de lo que por mí pasaba, me parecía la cosa más sencilla el hablar con el generalísimo de los ejércitos, con el jefe supremo del Estado. El rey, más apurado que yo, pasó de largo sin hallar una palabra que decirme. ¡Vanidad del destino humano! Aquel poderoso monarca, a quien veía por primera vez, era Luis XVI, seis años antes de subir al daldso. Y el nuevo cortesano, a quien apenas concedió una mirada, destinado a rebuscar osamentas algún día, y presenta-

do con pruebas de nobleza al hijo de San Luis en medio de su pompa, debía serlo más adelante a su ceniza con pruebas de fidelidad.

Deseábamos ver a la reina cuando volviésemos de la capilla, y fuimos a apostarnos en la galería. A poco apareció, rodeada de una brillante y numerosa comitiva. Al pasar nos hizo una reverencia llena de dignidad; su rostro respiraba satisfacción y amor a la vida, y, no obstante, ¡aquellas hermosas manos, que entonces sostenían con sin igual gracia, el cetro de tantos reyes, debían zurcir, antes que las atase el verdugo, los harapos de la viuda, presa en los calabozos de la Consejería!

Un gran sacrificio había obtenido mi hermano de mí; pero ya no estaba en su poder el obligarme a prolongarlo. En vano me rogó que me quedase en Versalles para asistir por la noche a la partida de juego de la reina. «Dirán tu nombre a S. M. — añadía —, y te hablará el rey.» Ninguna razón tan poderosa como ésta para obligarme a huir. Corrí a ocultar el esplendor de mi gloria en el cuarto de la fonda, congratulándome de haber salido de la corte, pero aterrado aún con la perspectiva de la jornada en carruaje preparada para el 19 de febrero de 1789.

El duque de Coigny me avisó algunos días después que me tocaba ir de caza con el rey a la selva de San Germán. Salí de madrugada hacia el lugar de mi suplicio con uniforme de *debutante*: una casaca gris, chupa y calzón encarnados, vueltas tiradas, botas a *lo escudero*, cuchillo de monte al cinto, y sombrero francés galoneado de oro. Nos reunimos cuatro *debutantes* en el palacio de Versalles: los dos señores de Saint-Marsault, el conde de Hautefeuille (1) y yo. El duque de Coigny nos dió algunas instrucciones para que cuidásemos de no cortar la caza, porque el monarca se irritaba en extremo siempre que alguno se interponía entre su persona y la pieza. Como punto de reunión se designó la propiedad del Val. Era costumbre que las caballerizas del rey surtiesen de cabalgaduras a las personas presentadas al rey, que por primera vez le acompañasen a la caza (2).

(1) Más tarde volví a ver al señor conde de Hautefeuille, el cual se ocupa en la traducción de algunos trozos escogidos de Byron; la señora condesa de Hautefeuille es la ingeniosa e instruida autora de *Alma desterrada*, etc.

(2) En la *Gaceta de Francia* del martes 27 de febrero de 1787 se lee lo siguiente: «El conde Carlos de Hautefeuille, el barón de Saint-Marsault, el barón de Saint-Marsault-Chatellaillon, y el caballero de Chateaubriand, que habían tenido el honor de ser presentados a S. M., obtuvieron en 19 del corriente el de ocupar los carruajes del rey y acompañarle a la caza.»

En cuanto se tocó llamada, corrieron los soldados a las armas, y los jefes empezaron a dar órdenes. Una voz gritó: «¡El rey!» En seguida apareció éste, y subió a su carruaje; imitámosle nosotros, y echamos a andar en los de la comitiva.

Por fin, llegamos al punto de reunión, donde ya nos aguardaban impacientes numerosos caballos, que los lacayos tenían sujetos de las bridas, al pie de los árboles. Animada era la escena que formaban los carruajes parados en la selva y rodeados de guardias, los grupos de hombres y mujeres, las jaurías que difícilmente contenían los monteros, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y el sonido de las trompas.

Mi cabeza estaba demasiado llena de reminiscencias de mis libros para no ver por todas partes condesas de Chateaubriand, duquesas de Etampes, Gabrielas de Estrées y señoritas de la Vallière y de Montespan. Mi imaginación tomó históricamente aquella cacería, entregándose libremente a su vuelo; por otra parte, estaba en una selva: me hallaba en mi propio terreno.

No bien me apeé del carruaje, presenté mi billete a los monteros. Me habían reservado una jaca llamada *Feliz*, veloz pero sin boca, asustadiza y llena de antojos; imagen bastante exacta de mi fortuna, que sin cesar se vuelve contra mí empujando las orejas. Montó el rey, echó a andar, y los demás cazadores le siguieron por distintos caminos. Yo me quedé atrás, forcejeando con mi cabalgadura, que no quería dejarse oprimir el lomo por su nuevo dueño; al fin logré afirmarme en la silla, pero la partida se había ya alejado bastante.

Al principio sujeté sin gran trabajo a *Feliz*, que, obligada a acortar su galope, bajaba la cabeza, sacudía el freno salpicado de blanca espuma, y avanzaba dando saltos de costado; pero cuando se acercó al teatro de la cacería, ya no hubo medio de contenerla. De pronto alargó el pescuezo, me echó abajo la mano sobre la crucera, y arrancando a escape se precipitó sobre un tropel de cazadores, deteniéndose tan sólo al tropezar con la cabalgadura de una señora, a quien por poco no derriba en medio de las carcajadas de los unos y de los gritos de terror de otros. Inútilmente he tratado de recordar el nombre de aquella señora, que contes- tó con la mayor política a las frases que

la dirigí para excusarme. En todo el día no se habló más que de la aventura del *debutante*.

Mis apuros no acabaron ahí. A la media hora de este percance iba atravesando una vereda abierta en la parte más recóndita del bosque, a cuyo extremo había un pabellón, cuando se me antojó ponerme a meditar sobre aquellos palacios diseminados en las selvas, conmemorativos del origen de los reyes *melenudos* y de sus misteriosos placeres. En esto sueña un escopetazo; la *Feliz* se vuelve; bajando la cabeza se introduce por entre la maleza, y me lleva justamente al lugar en que acababa de caer el venado y de presentarse el rey.

Aunque demasiado tarde, recordé las recomendaciones del duque: la maldita jaca tenía la culpa de todo. Me tiré al suelo, y conteniendo con una mano al animal, me acerqué al rey quitándome el sombrero con la otra. El monarca me lanzó una ojeada que le impuso de que un obscuro *debutante* había llegado antes que él a los alcances de la pieza; vióse, pues, precisado a hablar; pero, en vez de encolerizarse, me dijo con tono bonachón y soltando una ruidosa carejada: «¡No ha resistido mucho!» Son las únicas palabras que me ha dirigido Luis XVI. Acudieron los cortesanos, sorprendiéndose no poco al verme *conversando* con S. M. El principiante Chateaubriand metió ruido con sus dos aventuras; pero no supo sacar partido de su buena ni mala fortuna.

Después acorraló el rey a otros tres venados. Como era costumbre que los *debutantes* no corriesen más que la primera pieza, me fui al Val con mis compañeros a esperar la terminación de la cacería.

Cuando volvió el rey al Val, iba muy satisfecho refiriendo los lances de la jornada. Emprendimos el camino de Versalles, donde aguardaba a mi hermano una decepción mayor; en vez de ir a vestirme para concurrir al acto de descalzarse el monarca, momento siempre de triunfo y de favor, regresé a París, lleno de gozo por verme ya libre de mis honores y de mis incomodidades. En seguida manifestó a mi hermano la resolución de volver a Bretaña.

Satisfecho por haber dado a conocer su nombre, y confiando en llevar adelante con su presentación los planes abortados por la mía, no opuso el menor obstácu-

París, junio de 1821.

lo a la desaparición de un pariente tan extravagante como yo (1).

Estas fueron mis primeras presentaciones en la ciudad y en la corte. La sociedad me pareció todavía más odiosa que me la había figurado; pero no me desanimó aunque me asustó; comprendí, aunque vagamente, que era yo superior a lo que había visto.

Por otra parte, si es cierto que juzgué al mundo sin conocerle, tampoco me conocía el mundo a mí. Nadie adivinó lo que yo podía valer, ni entonces, ni cuando volví a París. Luego que adquirí mi triste celebridad, mil personas me dijeron: «Si hubiésemos conocido a usted en su juventud, seguramente habría llamado nuestra atención.» Estas pretensiones halagüeñas son un efecto ilusorio de las reputaciones formadas. En su exterior todos los hombres se parecen; en vano nos dice Rousseau que posea dos ojos encantadores; cuando es innegable que tenía las trazas de un maestro de escuela o de un zapatero de malas pulgas.

Para terminar de una vez con la corte, diré que, después de haber visitado la Bretaña, y de fijarme nuevamente en París con mis hermanas menores Lucila y Julia, volví, con más obstinación que nunca, a mi solitaria vida. Preguntarán algunos cuáles fueron las consecuencias de mi presentación. Ninguna.

A fuerza de intrigas y penalidades alcancé la gloria de insertar en el *Almanaque de las Musas*, un idilio, cuya aparición estuvo a punto de matarme entre la esperanza y el temor. Hubiera dado todos los coches del rey por ser autor de la romanza: *¡Oh tierna gaita mía!* o de la otra que empieza *De mi pastor voluble*.

Soy capaz de todo cuando se trata de los demás, y enteramente inútil para mi propio adelanto, ése es mi carácter.

(1) El *Memorial histórico de la Nobleza* publicó un documento inédito, anotado por mano del rey y sacado de los archivos del reino, sección histórica, registro M 813, legajo M 814, que contiene las *Entradas*, y en él se encuentran mi nombre y el de mi hermano, probando que no me engaño mi memoria al citar estas fechas.

(París, nota de 1840.)

UNA TEMPORADA EN BRETAÑA.—GUARNICIÓN DE DIEPPE.—REGRESO A PARÍS CON LUCILA Y JULIA.—DELISLE DE SALES.—FLIUS.—VIDA DE UN LITERATO.—ESCRITORES.—RETRATOS.—LA FAMILIA DE ROSAMBO.—EL SEÑOR DE MALESHERBES; SU PREDILECCIÓN POR LUCILA.—APARICIÓN Y TRANSFORMACIÓN DE MI SÍLFIDE.

El libro precedente ha sido escrito en Berlín. De regreso a París para asistir al bautizo del duque de Burdeos, he presentado la dimisión de mi embajada por fidelidad política al señor de Villele, el cual ha salido del ministerio. Ahora que he vuelto a quedar sin ocupaciones, escribamos. A medida que estas *Memorias* se van llenando, los años pasados me representan el globo inferior de un reloj de arena, el cual me marca el polvo de mi vida que ha caído ya: cuando la arena se haya concluido, no volvería a llenar mi reloj de vidrio, aunque me diese Dios poder para ello.

La nueva soledad que encontré en Bretaña después de mi presentación, no se parecía a la de Combourg: no era tan completa, ni tan grave, y, para decirlo de una vez, ni tan forzada tampoco: podía dejarla cuando me viniese a las mientes, y perdía, por lo tanto, todo su valor. Una castellana vieja, llena de pergaminos, y un viejo barón muy pagado de sus timbres, que guardaban en su castillo feudal a su última hija y a su último hijo, ofrecían eso que llaman los ingleses *caracteres*.

La sociedad más selecta de la provincia donde vivían mis hermanas, se hallaba en medio de los campos: las diversiones se iban alternando de castillo en castillo; se representaban algunas farsas, de las cuales era yo a veces un pésimo actor. En invierno era preciso resignarse a sufrir en Fougères los bailes, las reuniones y los convites de una sociedad poco numerosa, y yo no podía, como en París, dejar de asistir a todas estas cosas sin ser notado.

Mi estancia en la corte y la vida militar contribuyeron en gran parte a que se verificara un notable cambio en mis ideas: a despecho de mis naturales inclinaciones, sentía interiormente una fuerza desconocida que me hacía rebelar contra la obscuridad, y excitándome a salir de ella. Julia detestaba la provincia con